

Día misionero en los monasterios de vida contemplativa

Celebración litúrgica - Febrero

MISIÓN, DESARROLLO Y PROMOCIÓN SOCIAL

Saludo

La gracia de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Pan de vida eterna, que envía a la Iglesia a continuar su misión en el mundo, esté con todos vosotros.

Monición de entrada

De nuevo, la inquietud misionera de la Iglesia nos reúne en la escucha de la Palabra de Dios y en la súplica por los misioneros y las misiones en todo el mundo.

Recordamos especialmente los graves problemas de subdesarrollo en todos los órdenes del llamado “Tercer Mundo”, pidiendo en nuestra oración que el Espíritu de Dios despierte la conciencia de los países ricos ante tanta pobreza y aun miseria de esa grandísima parte de la humanidad en “tierras de misión” y que así se comprometan por remediarlas.

Sin embargo, como religiosos/as contemplativos/as, nuestra reflexión en esta celebración de la Palabra debe recordarnos qué es lo más esencial en la acción misionera de la Iglesia y cuál es también nuestra específica aportación de contemplativos/as a las “misiones”: dar el pan material sin descuidarse de dar el espiritual.

Liturgia de la Palabra

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos

15, 25-29

Ahora voy a Jerusalén, a llevar socorro a aquellos hermanos. Porque los de Macedonia y Acaya decidieron voluntariamente hacer una colecta y mandársela a los hermanos pobres de Jerusalén. Lo decidieron voluntariamente, e hicieron bien, porque así como los creyentes judíos han compartido sus bienes espirituales con los no judíos, éstos, a su vez, deben socorrer con sus bienes materiales a los creyentes judíos. Así que, cuando yo termine este asunto y les haya entregado la colecta, saldré para España, y de paso os visitaré. Estoy seguro de que Cristo, cuando yo vaya, me bendecirá abundantemente.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

Sal 111

R/ ¡Dichoso quien ama de corazón los mandatos del Señor!

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
su descendencia será bendita.

En su casa habrá riquezas y abundancia,
su caridad es constante, sin falta.
En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.

Reparte limosna a los pobres;
su caridad es constante, sin falta,
y alzaré la frente con dignidad.

Evangelio

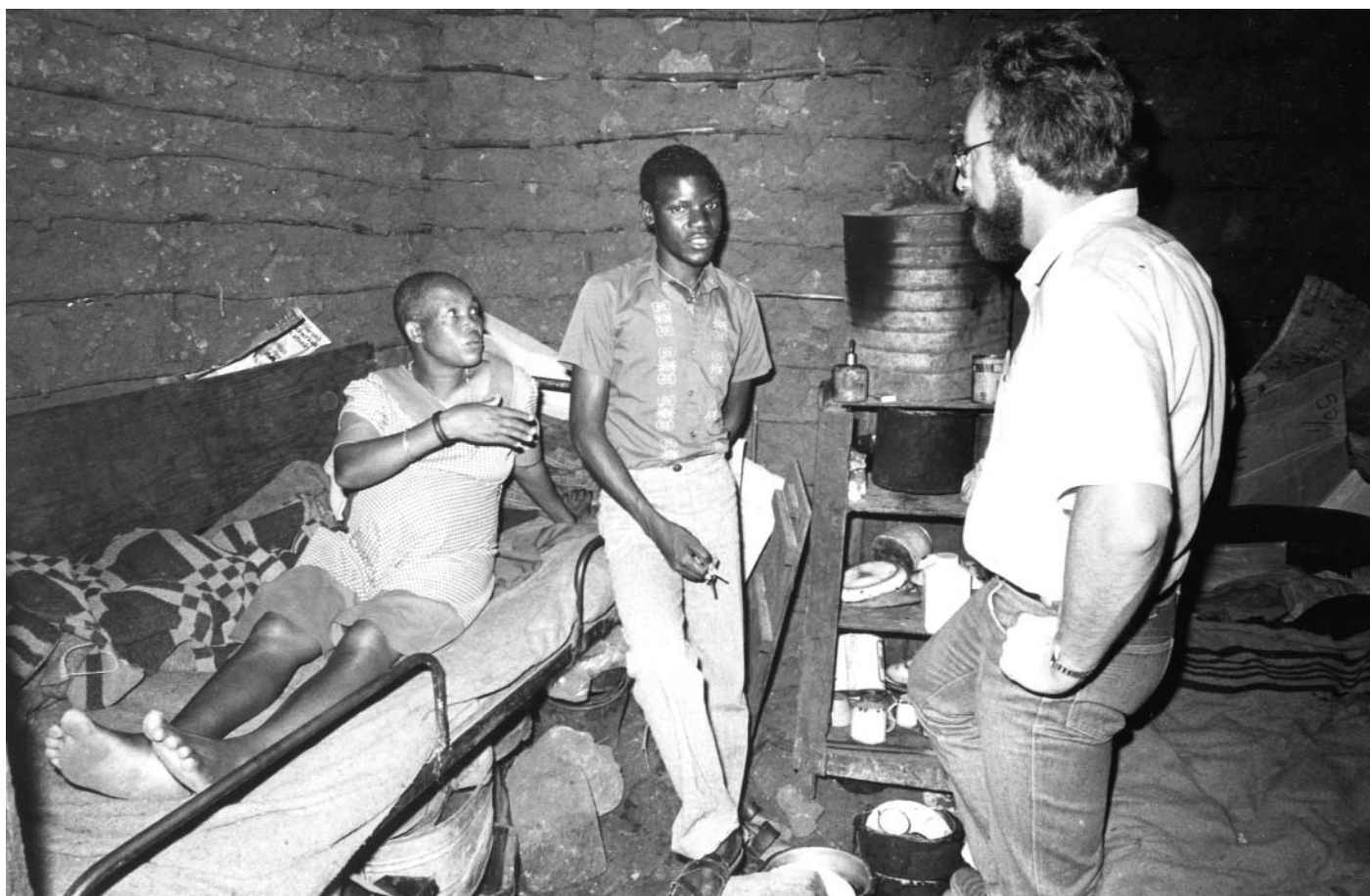
✠ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

9, 11-17

En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar a la gente del Reino de Dios, y curó a los enfermos que lo necesitaban. Caía la tarde y los doce se le acercaron a decirle: “Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida”. Él les contestó: “Dadles vosotros de comer”. Ellos replicaron: “No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío” (porque eran unos cinco mil hombres).

Jesús dijo a sus discípulos: “Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta”. Lo hicieron así; y todos se echaron. Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y recogieron las sobras: doce cestos.

Palabra del Señor.



Ideas para la homilía

“**D**adles vosotros de comer” (Lc 9, 13). El mandato del Señor está ahí, claro y preciso, determinante. La Iglesia, toda ella, lo lleva grabado en su corazón. No podría ser de otra manera en quienes el amor a la verdad, el deseo de justicia, el imperativo de la caridad los hacen discípulos de Jesús y misioneros, enviados a hacer discípulos suyos de todos los hombres (cf. Mt 28, 19).

En esta “misión”, la caridad y la justicia urgen a toda la Iglesia en sus distintas “familias” y miembros, sean cuales fueren sus peculiares carismas y vocación. Esto significa que la Iglesia está profundamente comprometida con la promoción social y el desarrollo y progreso temporal de todas las naciones y especialmente el de las llamadas del “Tercer Mundo”.

Esta actitud hace más creíble el anuncio del Reino de Dios, el anuncio del Evangelio, pues no sólo proclama de palabra, sino que lo prepara con obras, dentro de sus posibilidades. Pues, “aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios” (GS 39).

Ahora bien, si es rotundo el mandato “dadles vosotros de comer”, no lo son menos las palabras de la Escritura que el Señor hace suyas: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Dt 8, 3; Mt 4, 4). Y añade: “Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna” (Jn 6, 27). “Yo soy el pan de la vida” (Jn 6, 35). “Id y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19).

Estas palabras del Señor son un mandato que encomienda a los suyos y que constituye lo más nuclear, la esencia misma de “la misión”; ellas dan el verdadero sentido a la de “dadles vosotros de comer”. Y por eso la Iglesia, toda ella misionera, los misioneros de vanguardia y toda “familia-iglesia”, sentimos, como apremio más ineludible, anunciar a Jesucristo y procurar para todos, junto con el pan material, “el pan de vida eterna” que es su Palabra y que es su Cuerpo Eucarístico. De no ser así, seríamos infieles al querer del Señor y responsables de la suerte de nuestros hermanos, los hombres.

Aquí tenemos las “familias contemplativas” nuestra particular y específica “misión” dentro de la Iglesia:

- Orar por las misiones y los misioneros. Inmolarnos por ellos.
- Contemplar la Palabra de la vida, meditarla asiduamente.
- Vivir exclusivamente para quien es “Pan, Alimento que perdura”: Jesucristo.
- Ser expresión de la verdadera Vida.

Orar. Pues “la mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 37-38).

Inmolarnos con Cristo. “Dando cumplimiento en mi carne a lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24).

Contemplar la Palabra. Seguros de que el “cara a cara” con la Palabra transforma en ella al alma y recibe de ella “Vida” que enriquece a toda la Iglesia. “Tu palabra me da vida” (Sal 118, 50).

Vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía. Eucaristía, que prolonga hasta nosotros a Jesucristo “Pan de Vida Eterna”; que prolonga su Encarnación y Redención, dándose-nos en el acto de su muerte y resurrección, y asociándonos a Él en su acto redentor y misterio pascual. Eucaristía, en la que se hace de nuevo presente la victoria y triunfo de su muerte.

Ser expresión de la verdadera vida. Nos dice el Señor: “Yo he venido para que tengáis vida y la tengáis en abundancia” (Jn 10, 10). Esta vida no es otra que la vida misma de la Santísima Trinidad, que es la única Vida verdadera. Dios-Trinidad, que es el océano infinito de la Vida, ha querido derramarla sobre nosotros. Dios ha querido derramar sobre nosotros su ser y vida. En el envío de su Hijo al mundo y en el don de su Santo Espíritu, Dios se ha abierto, nos ha dado su conocimiento y amor, “nos ha hecho partícipes de su divinidad” (2 P 1, 4) y nos ha adentrado en su Trinidad santísima, hechos hijo en el Hijo. La comunicación de esta Vida es lo único que justifica la revelación, el envío del Hijo y del Espíritu Santo, la Iglesia y la misión o envío a todas las gentes.

En la Iglesia las distintas familias contemplativas han comprendido la grandeza de esta vida y se han entregado a la vivencia y posesión del “tesoro escondido” (Mt 13, 44), “eligiendo la mejor parte” (Lc 10, 42).

Esta es la aportación de la contemplación a las misiones: la oración, la inmolación, el amor. Ella manifiesta la vida de conocimiento y amor de Dios-Trinidad, vida de alabanza, adoración y entrega a Dios Uno en la Trinidad y Trino en la Unidad. Vida que anticipa la vida celestial y es la más genuina y nítida expresión de ella. Vida-Alma de todo apostolado, Vida-Alma de la misión. Con cuánta verdad puede decir, con San Juan de la Cruz, el alma contemplativa: “Que bien sé yo la fonte que mana y corre, / aunque es de noche. // Aquella eterna fonte está escondida, / que bien sé yo dó tiene su manida, / aunque es de noche. // Aquesta eterna fonte está escondida / en este vivo Pan por darnos Vida, / aunque es de noche”.

Gesto

La colecta es un momento esencial de la celebración eucarística en el cual se ofrecen los dones que servirán para la consagración, pero también los bienes que cada cristiano ofrece a la comunidad para socorrer a los pobres y necesitados. En esta celebración es importante motivar a hacer la colecta con este profundo sentido de la caridad cristiana, salir del convencionalismo o de la rutina y devolverle el valor que primitivamente tenía. Para ello se puede volver a leer despacio mientras dure la colecta el texto de la lectura de San Pablo que se ha proclamado en la liturgia de la Palabra.

Testimonio 1

¿Qué podemos hacer por ellos? La Madre Teresa de Calcuta cuenta que, en una ocasión, un papá consultó a su esposa y a sus hijos, si debían comprar una nueva televisión, pues la antigua estaba muy deteriorada, o darles el dinero ahorrado a los pobres de la Madre Teresa. Uno de sus hijos le dijo que quería la televisión, pero el parecer de los restantes fue dar el dinero a la Madre Teresa.

Ella dice: “Hay personas muy pobres que cada mes me envían una rupia. Parece nada, ¿verdad? Pero significa tanto para mí... Hay un hombre que me da sangre para los pobres. Va al hospital, da sangre y me entrega el comprobante para los pobres. ¡Qué gesto tan hermoso!

”Hay gente realmente sacrificada y generosa. Hace un tiempo vino una mujer y me dijo: «Yo quisiera ayudarla, Madre, pero me paso todo el día de casa en casa, lavando la ropa. Lo que gano tengo que llevarlo a casa para alimentar a mis hijos. Pero creo que, aun así, puedo dar algo para los pobres. Permítame venir una vez por semana a lavar la ropa de los niños». Desde entonces, está viniendo una hora a la semana para prestar este servicio.

”Un día iba caminando por las calles de Londres. De pronto, vi a un hombre acurrucado en un rincón, con aspecto de estar abandonado y solo. Me rogó que me acercara. Así lo hice. Lo tomé de la mano y se la estreché. Entonces me miró y me dijo profundamente emocionado: «¡Oh, hacía tanto tiempo que no sentía el calor de una mano amiga!». Le brillaron los ojos y se incorporó. El simple calor de una mano amiga le produjo un rayo de alegría y de esperanza.

”En una oportunidad, un hombre muy rico, de Melbourne, en Australia, me entregó un sobre en blanco y me dijo: «Escriba la cantidad que quiera para ayudar a sus pobres». Sin inmutarme le devolví el cheque y le dije: «No necesito sus dólares, lo necesito a usted. Quiero que venga usted mismo a servir a los pobres»”.

Testimonio 2

El amor y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan” (Salmo 84). Con gran emoción, tengo la alegría de dirigirme a Ustedes, en este foro de la Fundación “Príncipe de Asturias”, en el contexto de una sociedad cada vez más sensible, sedienta de concordia y de paz, de respeto a la dignidad humana, de verdad, de justicia y de libertad. He comenzado esta breve y sencilla intervención evocando las palabras del Salmo 84, que tan bellamente enlaza la justicia y la paz. La justicia y la paz se buscan, son inseparables.

Permítanme que, en nombre de todas las Hijas de la Caridad, exprese nuestra felicitación a la Fundación por la promoción de los grandes valores culturales, científicos,

humanos y sociales que contribuyen a hacer la vida más humana, que favorecen la justicia y la paz en nuestro mundo.

Permítanme también expresar nuestro agradecimiento por este reconocimiento de la Fundación hacia el servicio humanitario y social realizado por la Compañía de las Hijas de la Caridad en España y en todo el mundo, a lo largo de 372 años de entrega y compromiso al lado de quienes necesitan pan, consuelo, esperanza.

Éste es también un reconocimiento a toda la Iglesia y a cuantos comparten tiempo, esfuerzos y medios en favor de los más desfavorecidos, en favor de todos aquellos que, en nuestro mundo, están privados de justicia y buscan la paz.

Nuestra sociedad anhela vivamente un mundo sin fronteras, un mundo donde no existan barreras entre los que tienen y pueden y los que están desprovistos de todo. Cada vez más nuestros contemporáneos, especialmente los jóvenes, sienten la urgencia de edificar un mundo nuevo, más solidario, fruto de la globalización del amor. Un mundo nuevo, una familia de pueblos que comparten equitativa y solidariamente los bienes de la tierra, destinados a todos los hombres. Un mundo que en el fondo, casi sin saberlo, tiene necesidad de fe y de esperanza, tiene hambre de Dios.

Vivir la solidaridad compromete a ir más allá y más lejos en la defensa de la vida, a veces amenazada en su integridad a causa del egoísmo de unos pocos.

Vivir la solidaridad compromete a ir más allá y más lejos en la búsqueda de recursos suficientes que permitan mejorar las condiciones de vida de quienes están condenados a sobrevivir, ya sea perdidos en el laberinto de la marginación, o forzados a dejar su país en frágiles pateras, vergüenza de nuestra sociedad.

Vivir la solidaridad es un desafío para nosotras, Hijas de la Caridad, llamadas a continuar en el mundo la misión de Jesucristo, evangelizador y liberador de los pobres, impulsadas por San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, nuestros fundadores, amigos de los pequeños y necesitados.

Nos sentimos felices, agraciadas de poder entregar nuestra vida al Señor para gastarla en el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Como un torrente de vida, la historia de la Iglesia está repleta de bellísimas páginas escritas con el lenguaje humilde y sencillo del servicio a los necesitados, con el lenguaje silencioso de una generosidad creativa. La Compañía de las Hijas de la Caridad intenta colaborar modestamente en la construcción de la civilización del amor, donde la justicia y la paz brillen para siempre. Damos gloria a Dios por este premio “Príncipe de Asturias”.

Muchas gracias, estimados amigos, por hacer posible que en este foro excepcional resuene la voz de los heridos de la vida y se acoja el mensaje que nos dirigen desde sus sufrimientos. Cada vez que nuestro corazón acoge al otro, se enciende en el mundo la luz de la esperanza, “la justicia y la paz se besan”.

Sor Evelyne Franc

Superiora General de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl,
al recoger el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2005

Preces

Reunidos en el nombre del Señor, presente entre nosotros según su promesa, roguemos confiadamente al Padre por el bien de todos los hombres:

– Por la Santa Iglesia: para que el anuncio del Evangelio llegue hasta los confines del mundo. *Roguemos al Señor.*

– Por todos los pueblos de la Tierra: para que el Señor les ayude a realizar su pleno desarrollo, dé sustento a todo el mundo y se muestre benigno con cuantos invocan su nombre. *Roguemos al Señor.*

– Por las naciones prósperas: para que el Señor mueva los corazones de los gobernantes y de los poderes económicos a la solución del subdesarrollo del Tercer Mundo. *Roguemos al Señor.*

– Por todas las familias cristianas y comunidades religiosas: para que centren en la Eucaristía todas sus inquietudes y actividades misioneras como en su fuente y cumbre. *Roguemos al Señor.*

– Por nosotros: para que, mientras partimos el Pan de la vida eterna, aprendamos también a compartir el pan terreno y a socorrer a los hermanos de las Iglesias jóvenes. *Roguemos al Señor.*

– Para que toda persona sienta hambre del Pan de Vida. *Roguemos al Señor.*

Señor, Dios creador y redentor nuestro, haz que, por tu misericordia, nuestra caridad y oración sirvan para el progreso humano y para la extensión del Reino de Cristo. Él, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

Colecta

Como ya se ha avisado en el “gesto”, en esta celebración se debe dar un profundo significado a la colecta. Para ello se puede también anunciar que lo recogido en la misma se destinará a algún proyecto concreto que la diócesis tenga presente para ayudar al desarrollo o la promoción social.

Compromiso misionero

Con el salmo que hemos recitado antes, “nuestra caridad constante y sin falta” debe permanecer en la vida ordinaria en cada uno de nosotros, para que sea más fecunda la entrega de los misioneros en la evangelización del mundo y la edificación del Reino de Dios. Para canalizarla existen en la Iglesia diversas instituciones de ámbito internacional (Cáritas, Manos Unidas, etc.).